

Una finca embrujada

«De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan». Salmo 24: 1

Un hermano de iglesia, por situaciones de la vida, tuvo que abandonar el pueblo e irse al campo, donde tenía una finca de plátanos. Este hermano temía no poder cultivar aquella finca como debiera y no poder asegurar así el sustento de su familia.

Después de un fuerte llamado de Dios a ser fiel con sus diezmos y ofrendas, resolvió hacer un pacto con Dios, que consistía en dar su ofrenda en la misma proporción que su diezmo, es decir, dos cantidades iguales. Aparte, tendría un Fondo de Inversión equivalente al sueldo del administrador de la finca. El pacto era que Dios administrara su finca y él sería un trabajador más.

Elena G. de White señala: «El sistema especial del diezmo se fundaba en un principio que es tan duradero como la ley de Dios. Este sistema del diezmo era una bendición para los judíos; de lo contrario, Dios no se lo hubiera dado. Así también será una bendición para los que lo practiquen hasta el fin del tiempo» (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, cap. 12, p. 67).

Pensando en este plan, este hermano fiel a su pacto, empezó a ver cómo Dios bendecía su finca. Una noche, un fuerte viento se quería llevar el techo de su casa de campo; la familia se despertó, puestos de rodillas pedían a Dios que cuidara de ellos y también

de sus matas de plátano. A la mañana siguiente, los vecinos observaron cómo todos sus esfuerzos, todo su trabajo estaba en el suelo. Sin embargo, este hermano solo podía decir: «¡Gracias, Dios!, ¡Gracias, Dios!».

Ni una mata de plátano de su finca estaba en el suelo. Este acontecimiento empezó a comentarse por todas partes y no encontraban respuesta, se preguntaban cómo el viento solo había llegado hasta el borde de esa finca. Los vecinos comentaban: «Es una finca embrujada». Aquella fue la oportunidad para que este hermano les hablara sobre el Administrador de su finca y su poder. Entonces les habló de Dios y su pacto, y estudiaba la Biblia en sus casas.

Un día decidió invitarlos a todos a una reunión para estudiar en su finca la Biblia; para su sorpresa fue tanta gente que decidió adecuar una parte de su finca para esas reuniones. Como resultado de su fidelidad y testimonio, entendió el propósito de Dios con aquella experiencia: hoy hay una gran iglesia en ese lugar, para honra y gloria de Dios.

Pr. Julio Rodríguez,
departamental de Escuela Sabática,
Asociación del Atlántico,
Unión Colombiana del Norte.